

JUANA ESPINO DE LEÓN: LA ALFABETIZADORA RURAL.

Dedicado a todas las maestras de mi familia.

Juana Espino De León fue una mujer independiente, acorde a fines del Siglo XIX y comienzos del XX. Ella fue, una mujer independiente.

Vivió su niñez y adolescencia en el campo de la familia, sobre el arroyo Marmarajá. Su avidez por la lectura, por la escritura y por sobre todas las cosas, la angustia que le producía el analfabetismo la llevó a enseñar a escribir desde niña, a todos los que les interesara incursionar en ese mundo. Primero les leía en voz alta y luego se esforzaba por conseguir alumnos de cualquier edad.

Cuando tenía 16 años una hermana casada que vivía en Minas con su familia, la invitó a pasar unos días con ella. La gran sorpresa que la esperaba era una prueba que le iba a hacer un inspector de primaria venido de “la capital”.

Habló bastante con ese maestro y quedó maravillada con la respuesta que este le dio: “Señorita, su vocación de maestra es visceral”. Fue a Montevideo a dar una prueba para ser admitida en sus estudios de magisterio.

Allá quedó Juana en la casa de una tía.

Aplazó su casamiento y los planes fundacionales de su propia familia, para vivir y estudiar en una realidad muy distinta a la del campo.

Juana conocía la radio porque un familiar de Minas tenía aquella maravilla de su época pero en “la capital” escuchó más emisoras y diarios del mismo día.

Conoció grandes escritores y escritoras; era asidua escucha de charlas literarias.

En dos años de estudios, cuando se recibió, supo que iba a ser alfabetizadora de adultos; de hombres y mujeres que no podían tener ese aprendizaje.

La espera y admiración de Olegario por aquella maestra, “alta, flaca y hermosa”, concluyó con un sobrio casamiento en el campo de Marmarajá. Comenzaron a alumbrar sus vidas con la llegada de los hijos.

En ese hogar estaba claro que nada sobraba, que todos tenían una tarea sin discriminación de sexo y acorde a la edad que se tuviera. Había que aprender a montar, a plantar, a cocinar, hacer las tareas de la casa y dejar los tachos brillantes lavados en el arroyo con arena fina. Eso sí, la educación escolar era la base para cualquier aprendizaje hasta para entender cómo se preparaba el mate o cómo se ensillaba el caballo.

La biblioteca aumentaba cada mes con los encargos que se hacían a Minas. Esos tesoros los traían

ellos o algún “turco” mercachifle que pasaba por el campo.

Los periódicos llegaban con semanas de atraso pero esas noticias no eran viejas, eran noticias para estudiar e intercambiar en las charlas.

Juana iba en bote, surcando el arroyo para llegar a alguna casa donde impartía sus clases. Llevaba libros, un ábaco de madera y los periódicos. Sus alumnos adultos podían ayudar a sus hijos en las tareas de la escuela. Juana sentía que su vocación era una lucha transformadora, una lucha que sabía que otras mujeres estaban dando.

Juana ideó ejercicios para dedos y muñecas logrando que se aflojaran las manos y que su escritura fluyera tanto como su imaginación. Motivaba a los mayores y a los niños para que escribieran sobre lo que leían, ya fuera un libro o las noticias. Luego ella les leía, con gran entusiasmo lo que habían escrito y entre todos se armaban tertulias. Parecía que lo escrito por ellos no les pertenecía o que Juana lo modificaba al leerlo; pero no era así, sus alumnos aprendían a escribir.

Se discutía sobre noticias que podían tener un año de atraso como si fueran de ese día. Así de rica era la información consumida con la avidez de esa época y el entusiasmo que crecía a medida que se informaban más. Pasaban cosas en el mundo y en el país, que de otra forma nunca se hubieran analizado. Se leía todo, se informaban hasta de moda o las propagandas de los comercios.

Juana subía al bote con sus tesoros en una alforja de lona marrón y en su pensamiento fluía la imaginación para llegar a más vecinos que la habían solicitado.

Cuando el arroyo estaba crecido, montaba a caballo pero nunca faltaba, salvo que estuviera por parir. En esos momentos la casa se llenaba de vecinos, algunos eran alumnos, con sus niños. Sus hijas mayores ya comenzaban a impartir las clases como lo hizo Juana en su infancia.

Olegario participaba de las tertulias en su hogar hasta que don Silveira le comentó mirando el diario, en un aparte ya que él no era alumno de Juana: “Mire que revolcón se dio este caballo”. El diario estaba al revés.

ITA.